



Yo soy

El Nombre divino en boca de Jesucristo

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

La expresión “Yo soy” —en griego, *ἐγώ εἰμι* (*ego eimi*)— ocupa un lugar central en la revelación de Jesucristo. No se trata de una fórmula casual ni de una simple manera de identificarse. En boca de Jesús, especialmente en el Evangelio según san Juan, estas palabras poseen una hondura teológica extraordinaria, porque remiten al nombre con el que Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente.

En el libro del Éxodo, cuando Moisés pregunta a Dios cuál es su nombre, recibe esta respuesta: “Yo soy el que soy”. Y Dios añade: “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros”. El nombre divino no aparece allí como una definición filosófica abstracta, sino como una revelación personal. Dios se manifiesta como Aquel que es, Aquel que permanece, Aquel que no depende de otro para existir, pero también como Aquel que ve la opresión de su pueblo, escucha su clamor y desciende para liberarlo.

La tradición bíblica y la fe de la Iglesia han visto en este nombre una revelación del misterio mismo de Dios: su eternidad, su fidelidad, su trascendencia y su cercanía. Dios es el Ser absoluto, pero no un ser impersonal o lejano. Es el Dios vivo, fiel a sus promesas, rico en misericordia, presente en la historia de su pueblo. Por eso, el nombre revelado a Moisés no es solamente una afirmación sobre lo que Dios es en sí mismo; es también una promesa: Dios será con los suyos.

Desde esta raíz bíblica se comprende la fuerza de las palabras de Jesús. Cuando Él dice “Yo soy”, no está usando una expresión neutra. Está pronunciando, en primera persona, una fórmula cargada de memoria sagrada. En Jesús, el nombre divino deja de escucharse desde la zarza ardiente y comienza a resonar desde una humanidad visible, concreta, cercana. El misterio inaccesible de Dios se hace rostro, palabra, mirada, carne.

El “Yo soy” en el Evangelio de Juan

El Evangelio de san Juan es el lugar donde esta expresión alcanza mayor densidad. Allí Jesús utiliza el “Yo soy” de dos maneras principales: en forma absoluta y en forma predicativa.

En el uso absoluto, Jesús dice simplemente “Yo soy”, sin añadir ningún complemento. Este uso aparece en momentos decisivos: cuando camina



sobre las aguas y dice a sus discípulos: “Soy yo, no temáis”; cuando advierte: “Si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados”; cuando afirma: “Antes de que Abraham existiera, Yo soy”; y cuando, en Getsemaní, al responder a quienes vienen a prenderlo, dice: “Yo soy”, provocando que retrocedan y caigan por tierra, finalmente, ante el Sanedrín decir “Yo soy” desencadena las acciones conducentes a su ejecución.

Estos usos no pueden reducirse a una simple identificación gramatical. En el contexto del Evangelio de Juan, funcionan como verdaderas manifestaciones de identidad divina. Jesús no se presenta solo como enviado de Dios, sino como Aquel en quien Dios mismo se hace presente. No habla únicamente en nombre de Dios; habla desde una comunión única con el Padre.

La afirmación más explícita aparece en Juan 8,58: “Antes de que Abraham existiera, Yo soy”. Jesús no dice simplemente “yo era”, como si se refiriera a una existencia anterior dentro del tiempo. Dice “Yo soy”, en presente absoluto. Con ello afirma una preexistencia que desborda la historia. Abraham pertenece al tiempo; Jesús se sitúa en una relación con la eternidad. Por eso, quienes lo escuchan toman piedras para apedrearlo. La reacción es violenta porque entienden el alcance de sus palabras: Jesús está atribuyéndose una condición que pertenece solo a Dios.

Junto a estos usos absolutos, san Juan recoge también las grandes fórmulas predicativas: “Yo soy el pan de vida”, “Yo soy la luz del mundo”, “Yo soy la puerta”, “Yo soy el buen pastor”, “Yo soy la resurrección y la vida”, “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, “Yo soy la vid verdadera”.

En estas expresiones, Jesús revela su identidad a través de imágenes salvíficas. No se limita a declarar quién es; muestra lo que hace por el hombre. Es pan porque alimenta con vida eterna. Es luz porque vence las tinieblas. Es puerta porque introduce en la comunión con Dios. Es pastor porque conoce, guía y da la vida por sus ovejas. Es resurrección porque posee en sí la vida que vence a la muerte. Es camino, verdad y vida porque no solo enseña una ruta hacia Dios, sino que Él mismo es el acceso al Padre. Es vid verdadera porque solo unidos a Él podemos dar fruto.

Cada una de estas imágenes tiene resonancias profundas en el Antiguo Testamento. Dios alimenta a su pueblo, lo guía como pastor, lo ilumina, lo salva, le comunica la vida. Jesús asume en sí esas acciones divinas. Por eso, el “Yo soy” no revela únicamente una misión; revela una identidad. Jesús no es un profeta más. No es solo un maestro espiritual. No es simplemente



un mediador religioso. Es el Hijo eterno, consustancial al Padre, en quien el Dios de Israel se da a conocer plenamente.

El “Yo soy” en Getsemaní

Uno de los momentos más impresionantes ocurre en el prendimiento de Jesús. Judas llega al huerto con soldados y guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos. Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelanta y pregunta: “¿A quién buscáis?” Ellos responden: “A Jesús el Nazareno”. Entonces Jesús dice: “Yo soy”.

El Evangelio señala que, al pronunciar esas palabras, quienes venían a prenderlo retrocedieron y cayeron por tierra. Este detalle no es meramente narrativo. Tiene un sentido teológico muy profundo. En el momento en que Jesús parece más vulnerable, rodeado por sus enemigos y a punto de ser entregado, se manifiesta una majestad que no puede ser reducida por la violencia humana. La pasión no comienza con un Jesús vencido, sino con un Jesús que se entrega libremente.

El “Yo soy” de Getsemaní revela que nadie le arrebató la vida a Jesús. Él la entrega. Los soldados llegan con armas, autoridad política y respaldo religioso; sin embargo, ante una sola palabra de Cristo, retroceden y caen. La escena muestra que el poder verdadero no está del lado de quienes arrestan, sino de Aquel que acepta ser arrestado.

Aquí aparece una de las paradojas centrales del cristianismo: la gloria divina se manifiesta en la humillación; la libertad de Dios se revela en la entrega; el Nombre eterno se pronuncia en el umbral de la Pasión. Jesús no huye ni se impone por la fuerza. Se identifica, protege a los suyos y se ofrece. El mismo que dice “Yo soy” permite ser atado. La omnipotencia divina aparece bajo la forma del amor obediente.

La decisión de darle muerte

El Evangelio de Juan muestra que la decisión de dar muerte a Jesús se acelera después de la resurrección de Lázaro. Aquel signo revela de modo público el poder de Cristo sobre la muerte. Muchos creen en Él, pero otros informan a los fariseos. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocan al Sanedrín y se preguntan qué deben hacer, porque Jesús realiza muchos signos y, si lo dejan continuar, todos creerán en Él.

La preocupación que expresan no es solamente religiosa. También es política. Temen que el movimiento suscitado por Jesús provoque una



intervención romana que destruya el Lugar Santo y la nación. En ese contexto, Caifás pronuncia una frase decisiva: “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación”.

San Juan interpreta esas palabras en clave profética. Caifás no comprende del todo el alcance de lo que dice. Desde su cálculo político-religioso, la muerte de Jesús parece una solución conveniente para preservar el orden. Pero, en el designio de Dios, esa muerte tendrá un sentido redentor: Jesús morirá no solo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios dispersos.

Desde ese día, dice el Evangelio, decidieron darle muerte. La resurrección de Lázaro, que manifiesta a Jesús como “la resurrección y la vida”, se convierte paradójicamente en el acontecimiento que precipita su condena. El que devuelve la vida a su amigo comienza a ser buscado para la muerte. La vida que Él comunica despierta la hostilidad de quienes temen perder el control religioso, social y político.

El “Yo soy” ante el Sanedrín

La escena del Sanedrín lleva esta tensión a su punto culminante. Jesús es llevado a comparecer ante las autoridades religiosas. Se buscan testimonios contra Él, pero los testimonios no concuerdan. Entonces el sumo sacerdote le hace la pregunta fundamental: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?”

Jesús responde: “Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder y venir entre las nubes del cielo.”

Esta respuesta reúne varias dimensiones. Por una parte, Jesús acepta la identidad mesiánica. Pero no se limita a decir que es el Mesías en un sentido político o nacional. Añade una referencia al Hijo del Hombre glorificado, sentado a la derecha del Poder y viniendo entre las nubes. Esa imagen remite a la visión de Daniel, donde el Hijo del Hombre recibe dominio, gloria y reino. Jesús se identifica, por tanto, con una figura de autoridad escatológica y celestial.

La reacción del sumo sacerdote es inmediata: rasga sus vestiduras y declara que ya no hacen falta testigos. Para él, las palabras de Jesús constituyen blasfemia. La acusación no nace de un malentendido superficial. Las autoridades comprenden que Jesús no se presenta simplemente como un reformador moral o como un profeta carismático. Su respuesta lo sitúa en una relación única con Dios.



Aquí el “Yo soy” alcanza una intensidad dramática particular. En Juan, el uso absoluto del término revela la identidad divina de Jesús. En Marcos, ante el Sanedrín, ese “Yo soy” aparece en el momento judicial en que la autoridad religiosa lo declara digno de muerte. El Nombre que revela quién es Jesús se convierte, para quienes lo rechazan, en la razón de su condena.

Pero hay que precisar algo importante: el Sanedrín puede declararlo reo desde el punto de vista religioso, pero bajo el dominio romano no posee plena autoridad para ejecutar legalmente la pena capital. Por eso Jesús es llevado ante Pilato. La acusación necesita cambiar de lenguaje. Ante el Sanedrín, el problema central es la blasfemia: Jesús se ha presentado de una manera que, para las autoridades religiosas, usurpa lo propio de Dios. Ante Pilato, en cambio, la acusación debe formularse en clave política: Jesús es presentado como alguien que se hace rey y puede amenazar el orden del César.

Este paso es clave. La condena religiosa necesita ser traducida políticamente para obtener una ejecución romana. El drama de la Pasión muestra así una convergencia entre rechazo religioso y poder imperial. El Sanedrín lo acusa de blasfemia; ante Pilato, esa acusación se transforma en sospecha de sedición. Sin embargo, en el fondo permanece la misma pregunta: ¿quién es Jesús?

Revelación, rechazo y condena

El “Yo soy” de Jesús provoca siempre una decisión. Ante Él no basta la admiración superficial. Sus palabras obligan a tomar postura. Si Jesús es solo un maestro, sus afirmaciones resultan desmedidas. Si es solo un profeta, sus palabras parecen exceder su misión. Pero si en Él habla el Hijo eterno del Padre, entonces el “Yo soy” es la revelación suprema de Dios en la historia.

Por eso, el conflicto no se reduce a una disputa doctrinal. Lo que está en juego es la identidad misma de Jesús. Algunos creen en Él; otros intentan apedrearlo. Algunos caen sobrecogidos ante su palabra; otros lo atan. Algunos reconocen signos de vida; otros deciden darle muerte. El Evangelio muestra que la luz no deja indiferente: ilumina, pero también revela la resistencia de las tinieblas.

La reacción violenta ante el “Yo soy” confirma que los oyentes comprenden su peso. Cuando Jesús dice “Antes de que Abraham existiera, Yo soy”, intentan apedrearlo. Cuando en Getsemaní dice “Yo soy”, los



soldados retroceden y caen. Cuando ante el Sanedrín responde “Yo soy”, el sumo sacerdote rasga sus vestiduras y lo declara digno de muerte. En cada caso, la misma expresión revela una majestad que supera las categorías humanas.

El Nombre divino hecho carne

La grandeza del cristianismo está en que el Nombre divino no permanece encerrado en una lejanía inaccesible. El “Yo soy” del Sinaí se hace carne en Jesucristo. El Dios que habló a Moisés desde el fuego habla ahora con voz humana. El Dios que liberó a Israel de la esclavitud entra en la historia para liberar al hombre del pecado y de la muerte.

En Jesús, Dios no solo revela que existe. Revela cómo es. El Ser absoluto se manifiesta como amor que se entrega. La omnipotencia divina no aparece como dominio despótico, sino como misericordia. La eternidad no se muestra como distancia fría, sino como fidelidad. La gloria no se impone aplastando al hombre, sino descendiendo hasta él.

Por eso, el “Yo soy” culmina en la cruz. Allí, aparentemente, Jesús es despojado de todo poder. Ha sido entregado, juzgado, condenado, clavado. Sin embargo, desde la fe, la cruz no es la negación del “Yo soy”, sino su manifestación más profunda. El que es eternamente se entrega temporalmente. El Señor de la vida atraviesa la muerte. El Hijo amado glorifica al Padre mediante la obediencia hasta el extremo.

Cuando Jesús dice “Está cumplido”, no cierra solamente una serie de acontecimientos dolorosos. Lleva a plenitud la revelación. El Nombre divino se ha manifestado ya no solo como existencia eterna, sino como amor redentor. Dios es Aquel que es, pero también Aquel que se da. En Cristo, ser y amor no se separan. El “Yo soy” eterno se revela como “Yo me entrego por vosotros”.

Síntesis

El “Yo soy” de Jesús es una de las claves más profundas para comprender su misterio. Remite al nombre revelado a Moisés, atraviesa el Evangelio de Juan, aparece en los signos de vida, se manifiesta con fuerza en Getsemaní y alcanza un momento decisivo ante el Sanedrín.

En esa expresión se unen la revelación del Antiguo Testamento y la plenitud del Nuevo. El Dios que dijo “Yo soy” en la zarza ardiente se revela ahora en el Hijo hecho carne. Jesús no habla simplemente de Dios: Dios



habla en Él. No señala solo un camino hacia el Padre: Él mismo es el camino. No promete únicamente una vida futura: Él mismo es la resurrección y la vida.

Por eso, el “Yo soy” no es una fórmula secundaria ni un detalle exegético. Es una confesión cristológica central. En ella se revela que Jesús comparte la identidad divina, que actúa con autoridad divina y que ofrece la salvación que solo Dios puede dar.

La tragedia de la Pasión consiste en que esa revelación es rechazada. El Nombre santo, pronunciado por el Hijo, es declarado blasfemia por quienes no quieren reconocerlo. La verdad religiosa es deformada en acusación política para llevarlo ante Pilato. Pero la paradoja cristiana es que precisamente allí, en el rechazo, la condena y la cruz, se cumple la revelación más alta: el Dios eterno no salva desde lejos, sino entrando en la historia, cargando el pecado del mundo y entregando su vida por amor.

Así, el “Yo soy” de Jesucristo no solo revela quién es Él. Revela quién es Dios: el Ser eterno, fiel y misericordioso, que se hace cercano; el Señor de la historia, que se deja juzgar por los hombres; el Dios vivo, que vence la muerte no evitándola, sino atravesándola por amor.

21 de julio 2025

